



Aproximaciones conceptuales a la **Comunicación** transcultural

Oscar Mauricio Naranjo
Juan Fernando Agudelo

RESUMEN

Este artículo se ocupa de formular algunos aspectos concernientes a los problemas de la interacción comunicativa a la luz de fenómenos contemporáneos como la coexistencia, a diferentes niveles, de sujetos y grupos sociales con procedencias étnicas diversas y, por ende, con bagajes culturales distintos, así como de los procesos de hibridación, fusión, simbiosis, en fin, sincretismos culturales inmanentes a esta coexistencia. Más que una elaboración acabada, es una especie de aproximación conceptual que plantea algunos puntos que consideramos centrales del problema.

INTRODUCCIÓN

Teniendo en cuenta algunos acontecimientos nodales de la cultura occidental como los que, siguiendo a Georges Gusdorf, se articulan alrededor de lo que este autor llama *las cuatro civilizaciones* (la oral, la escrita, la de la imagen y la virtual) y los que, siguiendo a Paul Virilio, se ligan epistemológicamente a las tres revoluciones (la de los transportes, la de las transmisiones y la de la

miniaturización de los artefactos), es posible afirmar que justo por efecto de dichas civilizaciones y de tales revoluciones, las sociedades contemporáneas se encuentran en un impase imposible de soslayar: el de la emergencia sobre la faz del planeta de lo transcultural como fenómeno que si bien históricamente no es exclusivo de las sociedades actuales, si es en éstas donde adquiere una mayor complejidad y unos matices teóricos que no tenía antes; hecho este que acarrea no pocos problemas a las ciencias del lenguaje y de la cultura, entre los cuales cabe mencionar el que tiene que ver con la compostura que en adelante tendrán que tener los estudios sobre la interacción comunicativa.

En este marco de acontecimientos, se destacan hechos tan decisivos como el ascendramiento de la velocidad en tanto categoría que le define a múltiples registros de la vida humana matices importantes; la quiebra de los esquemas espacio-temporales con base en los cuales, hasta hace apenas unas pocas décadas, se objetivaban los eventos de la cotidianidad; el ingreso en otras dimen-

siones de lo real que afectan nuestras más profundas certezas sobre la obviedad; el establecimiento, consentido o no, de otros modelos de intercambio social; la obligatoria urgencia de replantear los modos de pensamiento y acción con respecto a la exterioridad y a la alteridad, tanto étnica como animal y vegetal; todo lo cual va aparejado con la necesidad de repensar los conceptos de identidad, diferencia, idiosincrasia, xenofobia, regionalismo, nacionalismo, totalitarismo y, en especial, lo que atañe a la interacción comunicativa en relación con eventos tan puntuales como la negociación y el uso del espacio social por parte de poblaciones con culturas variadas que confluyen en una serie de territorios diferentes: fábricas, universidades, centros comerciales, hospitales, cines, centros vacacionales, etc.

OSCAR MAURICIO NARANJO. Profesor del Departamento de Humanidades, Universidad EAFIT.
email: onaranjo@eafit.edu.co
JUAN FERNANDO AGUDELO. Profesor del Departamento de Humanidades, Universidad EAFIT.
email: jfagude@eafit.edu.co

LA EMERGENCIA DE LO TRANSCULTURAL

La frecuencia y la naturaleza de los encuentros entre seres humanos con diferentes bagajes culturales ha cambiado de manera importante en la época moderna. Cada vez, más personas viajan a distintos países gracias al turismo o por razones de estudio, de negocios e incluso de trabajo permanente como empleados de organizaciones transnacionales. Se hacen además viajes inmóviles en los que el viajero permanece en el mismo sitio mientras se moviliza en el seno de imágenes, relatos, formas indumentarias, gestuales y alimenticias massmediatizadas, que en la mayoría de los casos no son otras que las de la puesta en escena de la alteridad cultural a todos los niveles, con efectos sobre el cuerpo de los sujetos que van desde la afirmación de las xenofobias, hasta el extrañamiento estético, para denominarlo de algún modo, pasando por las perplejidades suspendidas, a veces asqueadas e, incluso, incrédulas.

Ahora bien, con independencia de que los viajeros sean inmóviles o no, o de que se queden en el país que visitan durante una corta o larga temporada, todos tendrán que enfrentarse a ciertos problemas de adaptación, y sobre todo, de interacción comunicativa, tal como Nobleza Asunción-Lande, profesora de comunicación en la Universidad de Kansas, lo ha preconizado.

Lo dicho anteriormente plantea de manera directa, por lo menos en principio, sino lo inter y lo transcultural, por lo menos el problema de lo intracultural referido a las culturas nacionales o a las monoidenticidades, tal como las denomina Néstor García Canclini, en el marco de las cuales se hace cada vez más visible la existencia de una considerable variedad de formaciones culturales, es decir, del problema de lo multicultural.

Sin embargo, si se avanza un poco en este planteamiento, no es sólo el problema de lo intracultural puesto en relación con lo multicultural (entendido este último como el reconocimiento *per se* de esa gran variedad de formas culturales y como su coexistencia en un espacio o su dispersión en el planeta) el que hay que hacer visible aquí, sino también, y sobre todo, el de la interacción comunicativa de todos estos grupos étnicos ya sea en espacios físicos como las ciudades contemporáneas o en territorios otros como los *mass media* e incluso el ciberespacio; interrelaciones que a su vez definen sincretismos, fusiones, hibridaciones, simbiosis, que nos ponen en la senda de lo transcultural.

Al respecto atendamos a las afirmaciones de algunos autores. Así, para Gudykunst la comunicación transcultural es:

“El proceso de interacción simbólica que incluye a individuos y grupos que poseen diferencias culturales reconocidas en las percepciones y formas de conducta, de tal forma que esas variaciones afectarán significativamente la forma y el resultado del encuentro. El éxito o el fracaso de la interacción dependerá, en gran medida, de la familiaridad de los participantes con los antecedentes del interlocutor, las percepciones de las diferencias que los separan y la reciprocidad del propósito.” (Fernández y Dahnke, 1995, p. 183).

Y para Nobleza Asunción-Lande:

“El concepto de diferencia cultural proporciona una guía en la preparación de un inventario de componentes culturales que probablemente intervienen en las interacciones personales o intergrupales, los cuales explican las respuestas diferenciales a los actos comunicativos.” (Fernández y Dahnke, 1995, p. 183).

En este sentido, nos situamos en el umbral de problemas que trascienden el reconocimiento de la existencia de lo multicultural y la declaratoria intelectualizada de la alteridad cultural; gesto, este último, bastante socorrido por funcionarios gubernamentales de turno y por empleados de alto nivel de empresas globales o transnacionales como parte de los protocolos discursivos pero que, en general, no acarrea la más mínima incidencia en el *verdadero* respeto de las diferencias y las singularidades étnicas.

En primer lugar, reconocida la existencia de una diversidad cultural, a veces ella misma inquietante, el hecho incuestionable de que su coexistencia o puesta en interrelación envía necesariamente, según algunos autores, a la disolución de las monoidenticidades, aparejada en muchos casos con fenómenos retro como la afirmación de las culturas nacionales y las idiosincrasias, las cuales acarrearán actualmente, a lo largo y ancho del planeta, el reaparecimiento de las xenofobias y de las xenofobias. Sobre este aspecto, afirma García Canclini:

“La sociabilidad híbrida que inducen las ciudades contemporáneas nos lleva a participar en forma intermitente de grupos cultos y populares, tradicionales y modernos. La afirmación de lo regional o nacional no tiene

sentido ni eficacia como condena general de lo exógeno: debe concebirse ahora como la capacidad de interactuar con las múltiples ofertas simbólicas internacionales desde posiciones propias” (García Canclini, 1990, p. 332).

En segundo lugar, según el mismo Néstor García Canclini, la urgencia de que instancias estatales o gubernamentales se preocupen por elaborar programas que regulen los conflictos immanentes al uso del espacio público por ejemplo, más que de la conservación de los patrimonios culturales.

Y, en tercer lugar, para no alargar esta enumeración, lo que atañe al apareamiento de sincretismos que van definiendo la configuración de subjetividades en permanente mutación que ya no pueden ser referidas a culturas regionales, nacionales, sino transculturales, lo cual conlleva, entre otras cosas, a la emergencia de tribus urbanas que ya no pueden ser objetivadas en su manera de ser por el recurso a rasgos de cultura nacional y, mucho menos, regional ni local, sino que deben ser aprehendidas como el fruto de la convergencia de rasgos de diferente procedencia étnica. Sobre el asunto, Ulrich Beck anota:

“También en los mundos simbólicos de las industrias culturales globales desaparece la ecuación entre estado, sociedad e identidad: la imaginación de vidas posibles no se entiende ni nacional ni étnicamente, ni a través de los contrarios pobre-rico, sino sólo a nivel de sociedad mundial. Qué sueñan los hombres, cómo quieren ser, cuáles son sus utopías cotidianas, todo eso ya no se juega en

el espacio geopolítico ni en sus identidades culturales. Inclusive los marginados viven en y de los desechos de la sociedad mundial y permanecen ligados a la circulación simbólica de la industria cultural global.” (Beck, 1998, p. 89)

Y prosigue:

“Cuando hablamos de pluralismo cultural, de sociedad multicultural, de relaciones interculturales, etc., no está nada claro si con esto nos referimos a una cultura cerrada o a culturas abiertas. De manera parecida, podemos investigar las interacciones culturales de una manera estática (según la cual, las culturas en mutuo contacto mantienen su singularidad) o de una manera fluida (según la cual, las culturas –los individuos culturales– se interpenetran mutuamente).” (Beck, 1998, p. 89).

¿QUÉ HA HECHO POSIBLE LA EMERGENCIA DE LO TRANSCULTURAL?

En esta perspectiva, resulta pertinente la pregunta: ¿qué ha hecho posible que sobre el planeta se consoliden estos procesos de mutación en distintas dimensiones?.

De hecho, son muchos los factores que han incidido en este proceso en marcha. De un lado, lo que Paul Virilio denomina la revolución de los transportes, la cual ha favorecido no sólo la puesta en circulación de una inmensa variedad de mercancías –ellas mismas portadoras de marcas culturales– sino también la nomadización, la migración, la desterritorialización, el exilio, la expatriación, el desplazamiento, por múltiples causas, de

millones de personas por la geografía del planeta, todo lo cual trae como consecuencia fenómenos como la coexistencia de grupos humanos de diversa procedencia étnica en espacios metropolitanos, entre los cuales podría señalarse a New York como el ejemplo por excelencia de convivencia multicultural desde hace ya varias décadas; de otro, los procesos de pérdida de los rasgos de identidad cultural que sitúan a los diferentes grupos que están pasando por estos en una especie de encrucijada, en relación con la cual cabe preguntarse: ¿se trata de esperar de esta “variedad de ciudadanos que conserven sus adhesiones e identidades culturales y no tanto que las sustituyan por las del contexto social de recepción?” (Lamo de Espinosa, 1995, p. 14); y, finalmente, la emergencia indudable de lo transcultural, entre otros.

En este sentido, se cierne sobre cada grupo obstinado en preservar los rasgos identitarios sobre los cuales empalma una buena parte de sus territorios existenciales y los rasgos de subjetividad con base en los cuales se objetivan en el mundo, una especie de paradoja que consiste, como el mismo Emilio Lamo de Espinosa dice, en que “el exotismo de los vestidos y las prácticas religiosas o culinarias no es sino la parte más visible de un hecho social profundo: el difícil ajuste de poblaciones con culturas variadas, pero que deben vivir juntas en una multiplicidad de espacios sociales.” (Lamo de Espinosa, 1995, p. 14). Y agrega: “es posible constatar una clara y creciente resistencia a la asimilación, o al menos a la integración total, al tiempo que, paradójicamente, el ‘mestizaje’ cultural se desarrolla plenamente en los ámbitos científicos y tecnológicos y en la expresión artística.” (Lamo de Espinosa, 1995, p. 14).

De otro lado, la revolución de las transmisiones, con la inserción en los procesos comunicativos humanos de tecnologías que van desde las basadas en el descubrimiento del electromagnetismo (telégrafo, teléfono, radio, cine, televisión) hasta aquellas que tienen como fundamento el microchip (redes computacionales) pasando por las que se hicieron posibles gracias al transistor, con sus efectos sobre las transmisiones vía satélite y en vivo, la serialización de las subjetividades y la miniaturización y nomadización de los aparatos.

LA INTERACCIÓN COMUNICATIVA EN EL MARCO DE ESTOS HECHOS

A partir de esta revolución, puesta en marcha desde hace varias décadas y en proceso todavía, la comunicación ya no es igual, lo mismo que el cuerpo, la sexualidad, la relación con el paisaje, con la alteridad vegetal, animal y étnica. Pues si lo que Paul Virilio dice en el sentido de que “cada hombre tiene un paisaje interior. Unos prefieren el mar, otros la montaña, el campo o incluso el desierto. *Cada uno tiene un paisaje mental que organiza su relación con el mundo*. Cada uno tiene su pintura interior” (Virilio, 1997, p. 109), es cierto, en adelante ese paisaje mental que organiza nuestra relación con el mundo -en la medida en que una de las cosas que los medios de comunicación han hecho es la puesta en espectáculo de lo Otro cultural, animal, étnico, incluso urbano- será suministrado en gran medida por las industrias culturales y por la inquietante voluntad de homogenización y de exterminio de las diferencias que parece animarlas¹.

En consecuencia, las anteriores revoluciones han obligado a repensar el objeto de los estudios comunicativos, redimensionando el enfoque epistemológico y exigiendo una mirada interdisciplinaria hacia las nuevas formas de interacción en las sociedades contemporáneas. A tal punto que, siguiendo otra vez a Asunción-Lande, es pertinente afirmar que “la comunicación no puede existir en el vacío. La cultura proporciona el contexto adecuado para que surja, pero una cultura no puede sobrevivir sin comunicación, pues depende de ella para su iniciación, mantenimiento, cambio y transmisión. La cultura es por sí misma un sistema de comunicación.” (Fernández y Dahnke, 1995, p. 183).

¹ Sobre este punto y su profunda relación con el *proyecto* capitalístico remitimos al lector al texto fundamental de Pierre Clastres *Investigaciones en antropología política* y, en especial, al capítulo denominado “Sobre el etnocidio”

Dicho de otro modo: los estudios sobre la interacción comunicativa tienen una historia reciente. Desde hace pocas décadas proliferan diversos enfoques, disciplinarios unos, interdisciplinarios otros, cuyo estatuto epistemológico depende de la perspectiva teórica adoptada por los investigadores, lo cual plantea que no hay una ciencia hegemónica de la interacción comunicativa y que no es posible tratar esta última como un objeto idéntico e inmutable en el tiempo. Más bien hay una serie de ciencias del lenguaje y de la cultura cada una de las cuales circunscribe, constituye, diseña si se quiere, en el marco de una constelación teórica compleja y dinámica, su objeto.

Vale la pena detenerse en este punto. Una de las perspectivas de trabajo que deben adoptar los nuevos estudios sobre la comunicación es la siguiente: el objeto de investigación es una construcción conceptual en la cual interviene básicamente la perspectiva desde la cual se sitúan los investigadores. Así por ejemplo, si seguimos a Jesús Martín Barbero, es posible decir que desde los trabajos de Norbert Wiener “el proceso de comunicación se produce entre un emisor omnipotente y un receptor pasivo.” (Barbero y Silva, 1997, p. xiv). Pero esta manera de entender la comunicación pronto fue relevada por las disciplinas del lenguaje que reubican “el proceso de comunicación en los pactos de cooperación interactiva desde los que se construyen los discursos sociales y los mensajes.” (Barbero y Silva, 1997, p. xiv). Más aún, siguiendo al mismo autor, en la actualidad los estudios sobre la interacción comunicativa, apoyados más en las ciencias de la cultura que en las del lenguaje, han focalizado su mirada en el reconocimiento de que la comunicación es antes que cualquier otra cosa un hecho social immanente a múltiples registros de la experiencia humana.

En este orden de ideas, la interacción comunicativa ha devenido en la vida de las sociedades actuales una práctica social cada vez más compleja e importante. El ser humano, inmerso en la cotidianidad e influenciado por múltiples factores, participa bajo diferentes roles en variados ámbitos de interacción social que van desde el laboral hasta el familiar, pasando por el educativo y, en general, por el urbano. Regidos por la necesidad de sacar adelante proyectos de grupo, resolver problemas de distinta naturaleza, manejar conflictos, dar órdenes, informar y desarrollar estrategias de convivencia ciudadana (uso del espacio público, tolerancia, respeto por la diferencia, negociación de asuntos diversos) establecemos, en uno u otros espacios de vida interacciones comunicativas con otras personas provenientes de nuestro mismo grupo social o de otros,

investidas socialmente de manera similar o diferente, provenientes de otras culturas, que tienen un nivel intelectual, expectativas e intereses en los que probablemente no nos reconocemos, al tiempo que ocupan diferentes lugares en las jerarquías institucionales.

Los estudios sobre la interacción comunicativa tienen una historia reciente. Desde hace pocas décadas proliferan diversos enfoques, disciplinarios unos, interdisciplinarios otros, cuyo estatuto epistemológico depende de la perspectiva teórica adoptada por los investigadores, lo cual plantea que no hay una ciencia hegemónica de la interacción comunicativa y que no es posible tratar esta última como un objeto idéntico e inmutable en el tiempo. Más bien hay una serie de ciencias del lenguaje y de la cultura cada una de las cuales circunscribe, constituye, diseña si se quiere, en el marco de una constelación teórica compleja y dinámica, su objeto.

INTERACCIÓN COMUNICATIVA Y GLOBALIZACIÓN

Ahora bien, si a este cuadro general le agregamos todo lo concerniente a la interacción comunicativa massmediatizada puesta en el escenario de la globalización, el objeto cobra nuevos matices de complejidad y requiere un recomodamiento de las disciplinas que lo abordan.

El fenómeno de la globalización fue intuido ya en los años sesenta por Mc Luhan, cuando usó la metáfora de la *aldeia global* para referirse a la relación entre las transformaciones tecnológicas inherentes al desarrollo de los medios masivos de comunicación y a la formulación de territorios existenciales de cultura con tendencias hacia la homogeneidad o al sincretismo. En esta perspectiva, el consumo cultural no está supeditado a un sistema de carácter económico, sino que está determinado por patrones y modulaciones de reproducción cultural, formas de apropiación y contacto, y de decodificación, que se socializan y se transmiten sobre un sustrato tecnológico que afecta vertiginosamente los modelos de comunicación.

El mismo Mc Luhan explica la revolución socio-cultural que ocasionó la imprenta y cómo afectó la mentalidad y la vida cotidiana de los seres humanos, a partir del siglo XV. George Gusdorf, en este mismo horizonte, afirma:

“La civilización de la escritura ocupa la mayor parte de la historia universal, tal como la conoce Occidente, porque la difusión de la imprenta data apenas de cinco siglos. Aquí el factor técnico aparece estrechamente solidarizado con la vida espiritual. Se puede observar, por ejemplo, que la civilización de la imprenta es una civilización de la cantidad, de la masa, puesto que la civilización de la escritura guarda un carácter aristocrático y oligárquico.” (Gusdorf, 1995, p. 2).

Así pues, Mc Luhan advirtió, en contraste con la *civilización de la imprenta*, el advenimiento de una nueva cultura: las nuevas tecnologías audiovisuales que configuran redes de comunicación entre las sociedades, las empresas, las instituciones y los individuos, convierten la cultura en el ámbito por excelencia del mercado global, en la dimensión de la virtualidad, la instantaneidad y la simultaneidad temporal. En otras palabras, lo que denomina Gusdorf *la civilización de la imagen*:

“En lo que concierne a la civilización de la imagen, el pesimismo no se impone más que el optimismo. Las técnicas de la imagen han alargado y multiplicado el espacio mental humano. Este gran hecho antropológico ofrece a la humanidad inmensas posibilidades de cultura por lo mismo que el hombre moderno es capaz de tomar conciencia de sus responsabilidades. La situación de este dominio no es diferente de la que hay en otros puntos de aplicación de la técnica a la realidad humana. Lo que está en juego no es otra cosa que el sentido mismo de nuestra civilización; lo que el hombre de hoy mira apasionadamente en el espejo de las imágenes no es otra cosa que la figuración de su propio destino.” (Gusdorf, 1995, p. 16)

Ahora bien, uno de los problemas de punta que aparece de modo incuestionable en relación con las transformaciones que han implicado la imprenta, los medios de transporte, las tecnologías computacionales, es el de la velocidad. Desde hace algunos años, como correlato de lo que pasa en estas esferas, las ciudades vienen organizando sus redes

viales con el objetivo específico de favorecer la circulación. No detenerse nunca, circular, estar siempre, si no en movimiento por lo menos en desplazamiento parece ser la divisa que se inscribe, como un mandato, en nuestros cuerpos. Paul Virilio habla de liberación del trayecto y de que estamos sustrayéndole el cuerpo, con todas sus asperezas, a las relaciones interpersonales. Recientemente, en el caso de América Latina, algunos teóricos han insistido en la relación entre transculturalidad y la noción de espacio-tiempo:

“En cierto sentido, desde el punto de vista de la temporalidad la aceleración de cualquier hecho o información repercute a través de los medios internacionales de comunicación de manera inmediata. Ya no hay lugares distantes puesto que se manifiesta una interrelación comunicacional. En este orden de ideas, la globalización es una redefinición de la relación espacio-tiempo.” (Varela, 2000, p. 41).

Del mismo modo, el concepto de retribalización de las sociedades occidentales, según Mc Luhan, consiste básicamente en una progresiva interacción del conjunto de las sociedades y, de acuerdo con Edgar Varela, esto implica también una transferencia muy rápida de los cambios y sensibilidades culturales:

“La forma de divertirse, por ejemplo, de los ejecutivos de clase media, las formas de representación social marginal, no son hoy exclusivamente nacionales; son fenómenos que muy rápidamente adquieren carácter global. En síntesis, estamos ante nuevas dimensiones geosociales, principalmente derivadas del surgimiento del espacio virtual, con sus autopistas cibernéticas, redes, nodos y comunidades igualmente enlazadas más allá de cualquier restricción política o protolegal.” (Varela, 2000, p. 42).

Es importante referenciar aquí, a manera de conclusión, a Philippe Quéau:

“Lo virtual anuncia y escenifica la desaparición de la categoría de lugar. El lugar, condición a priori de la experiencia y de la percepción, constituye una especie de fundamento. Este fundamento del ser que siente y experimenta tiende a disolverse con la virtualización. La categoría de lugar se dispersa y se vuelve evanescente,

fantasmagórica, plural, compartible, híbrida, ubicua. El lugar se hace nómada, borroso, líquido. Y por otra parte contamina con esa nomadización y esa fluidez otras categorías, como las del lenguaje. Propaga su propia licuefacción a otros ámbitos, a otros conceptos, como pueden ser los de vida o acción.” (Quéau, 1998, p. 2).

Puestos, pues, en la preocupación de ir tras las huellas o los vestigios de lo que es la interacción comunicativa en el estado actual de cosas, no debe ignorarse, en aras de dotar las investigaciones de un estatuto epistemológico acotado, que el problema de lo transcultural está, según lo expuesto en el presente espectro de ideas, en conexión ineludible con el fenómeno de la globalización y éste a su vez en estrecha relación con la hegemonía de los códigos dominantes occidentales y con la revolución tecnológica en el plano comunicacional.

La comunicación ha devenido en la vida de las sociedades actuales una práctica social cada vez más compleja e importante. El ser humano, inmerso en la cotidianidad e influenciado por múltiples factores, participa bajo diferentes roles en variados ámbitos de interacción social que van desde el laboral hasta el familiar, pasando por el educativo y, en general, por el urbano.

CONCLUSIONES

En un planeta interconectado por autopistas e infopistas, caracterizado por la mutación de las identidades y la nomadización perpetua de los sujetos, de las subjetividades y de los objetos, la naturaleza de los encuentros humanos se ha transfigurado a tal punto que ha obligado a cambiar radicalmente la perspectiva teórica desde la cual se abordan los problemas inherentes a las formas de comunicación que tienen lugar en los nuevos ámbitos de la interacción social, de las relaciones internacionales, de las transacciones económicas y de los conflictos geopolíticos.

En este sentido, uno de los temas de punta de nuestra época es el estudio de la comunicación transcultural dadas las condiciones y velocidades del mundo contemporáneo: incremento de los flujos migratorios, facilidades en el transporte, globalización de la economía y de la información,

intervención internacional en las disputas regionales, tendencia a la desaparición del estado-nación como referente geopolítico, multiplicación de los conflictos interculturales a lo largo y ancho del planeta, apareamiento de lo que podría llamarse el cibercuerpo, entre otros aspectos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barbero, J. y Silva, A. (1997). *Proyecto de la comunicación*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización? Barcelona: Paidós.*
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas*. México: Grijalbo.
- Gusdorf, Georges. (1995). “Reflexiones sobre la civilización de la imagen”. En: *Boletín de psicología*. No. 18. pp. 2-16.
- Fernández, C. y Dahnke, G. (1995). *La comunicación humana*. México: McGraw-Hill.
- Lamo de Espinosa, E. (1995). *Culturas, estados, ciudadanos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Quéau, Philippe. (1998). “La presencia del espíritu”. En: *Revista de Occidente*. No. 23. pp. 2-12.
- Varela, Edgar. (2000). “La globalización y el declive de la soberanía estatal”. (Documento inédito).
- Virilio, P. (1997). *El cibermundo, una política de lo peor*. Madrid: Cátedra.